

una nación más justa y con ciudadanos menos propensos a caer en el engaño, bien sea como bribones o como víctimas.

Andrés García Londoño

Una vela a Dios y otra a Hitler

*El espía que compró el cielo
La historia de un colombiano
que sirvió a Hitler*

VÍCTOR DIUSABÁ

Emecé Editores, Planeta,
Bogotá, 2011, 235 págs.

EL CALEÑO Roberto Lañas Vallecillas pudo ser condenado a la silla eléctrica en los Estados Unidos, acusado por el FBI de espionaje a favor de los nazis, pero la suerte —que estuvo siempre de su lado— permitió que lo absolvieran de cargos graves y que, después de pagar una condena de cinco años, fuera deportado a Colombia con ayuda del presidente Alfonso López Pumarejo y pudiera regresar a Cali, en 1948, jubilarse en la Universidad del Valle y morir de un infarto a los 82 años, en 1989, en un monasterio de cartujos en Jerez de la Frontera (Cádiz), donde sirvió a Dios como portero los últimos años de su vida, casi en olor de santidad.



Así contaron la historia los diarios nacionales y extranjeros en su momento, y en forma más reciente el escritor vallecaucano Harold Alvarado

Tenorio (“Roberto Lañas & la silla eléctrica”, edición núm. 21, www.revistacronopio.com), quien da una versión más pecaminosa del personaje (donde Diosabá dice que Lañas colgó los hábitos en Roma por irse detrás de una mujer, Alvarado menciona que fue detrás de un guapo siciliano, y agrega detalles picantes, como que los reclutadores de espías nazis lo contactaron en un cabaret de travestidos en Ginebra, ciudad donde se desempeñaba como traductor de la Organización Internacional del Trabajo). El poeta Harold Alvarado dice que lo conoció en el Madrid todavía franquista, lo frecuentó en bares de su barrio de Salamanca; leyeron, oraron y hasta declinó la invitación que le hizo para unirse a la orden de los cartujos. A la sazón, el exfranciscano repartía su devoción entre Dios y Franco.

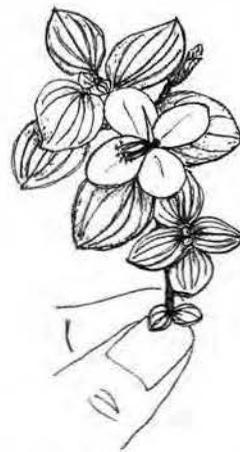
En ese mismo texto, Alvarado recoge lo que el escritor Luis Zalamea Borda escribió en sus memorias sobre Roberto Lañas, a quien conoció en 1943 en el Consulado de Colombia en Nueva York y luego visitó en su lujoso apartamento neoyorquino, punto de encuentro de los germanófilos.

Y antes de que muriera Lañas, en 1983, el periodista caleño Álvaro Nieto Hamann también hizo su levantamiento de la historia para un artículo de prensa.

Como puede verse, el novelesco personaje desveló a muchos otros autores colombianos —y extraña que no haya sido llevado al cine, como *El embajador de la India*—, pero el periodista Víctor Diosabá, que fue editor general de Colprensa, columnista de diarios regionales y nacionales, y quien en la actualidad dirige la revista *semana.com*, cuenta que descubrió a su Roberto L. en un párrafo perdido de un cable de agencia internacional en 1999, cuando era jefe de redacción de *El Espectador*, y desde entonces comenzó a deshacer sus pasos en las distintas ciudades donde vivió (el barrio San Antonio de Cali, en el que transcurrió su infancia, y capitales como Madrid, Nueva York, Lisboa, Berlín y Roma) para ambientar esta crónica histórica y recopilar información.

Para documentarse, Diosabá también acudió al escritor húngaro Ladislav Farago, quien desempolvó de los

Archivos Nacionales de Washington los documentos del servicio secreto alemán (Abwehr), con más de dieciocho millones de páginas, insumo de su libro *El juego de los zorros* (1973) sobre el espionaje nazi en los Estados Unidos y en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. En esa especie de Wikileaks contemporáneo, Farago reconstruyó las actividades del espionaje y le dedicó tres párrafos al astuto agente caleño.



Con este punto de partida, Diosabá, quien publicó los libros *9 de abril, la voz del pueblo* (Planeta, 1998), *La afición* (Espasa, 2000) y *El toro de lidia en Colombia* (2009), empezó a capotear este “toro” vivo que fue Lañas con las muletillas de la reportería. “Unos buenos zapatos y una libreta de apuntes”, según recomendaba el escritor ruso Antón Chéjov, lo acompañaron durante doce años en la pesquisa que está respaldada en artículos de prensa colombiana y extranjera, en entrevistas con quienes lo conocieron aquí y acullá, y en expedientes judiciales. En Cali, devuelve la película a 1938, cuando Lañas llegó a trabajar como recepcionista al hotel Alférez Real, después de su periplo de aventuras santas y non sanctas en Europa.

Por ello, conforme avanza la lectura, se siente el peso sumergido del material que Diosabá no publicó para dejar solo el zumo narrativo, resuelto en ágiles diálogos, en lenguaje periodístico, rápido y preciso, en la reconstrucción de escenas dignas de los títulos más engatusadores de novela negra. Con la diferencia de que aquí todos los datos son exactos, sin

recursos ficticios como la voz introspectiva, aunque tampoco se excluye la invención en la estructura narrativa, que mantiene el suspenso del género folletinesco, y en las licencias expresivas necesarias para darle vida a personajes muertos.

Sazón de la historia son las anécdotas curiosas que recoge el periodista en la intensiva reportería con familiares y conocidos del personaje, para enterar al lector de que Roberto L. tenía “estrella”, como se lo dijo una gitana en un tren con rumbo a Roma, según recordaba un sobrino suyo.

El relato sostenido en catorce capítulos arranca por el clímax, con la llegada de Roberto L. a una corte de Nueva York donde se le dictará sentencia tras ser acusado de vender a la Alemania de Hitler secretos relacionados con las actividades de las Fuerzas Aéreas estadounidenses en Europa. Pero lo indultaron de los cargos más graves porque el tribunal concluyó que la información que enviaba a Alemania era de dominio público, la misma que salía en los periódicos; solo lo acusaron por cargos menores, y mientras sus colegas fueron condenados a la pena capital, él pagó una condena mínima.



La historia sigue cabalgando a buen ritmo, del pasado al presente del personaje que, a diferencia de *El espía que surgió del frío* —al estilo de John le Carré— salió del trópico, saltó a Europa, combinó su buena estampa y talento con la malicia indígena y tras unos años en un monasterio romano, sintió con más fuerza el llamado del generoso servicio secreto alemán, que

pagaba sus costosos “hábitos”, que el austero llamado de Dios. Europa le dio no solo el *bouquet* de la civilización que tanto le atraía, y la posibilidad de hablar varias lenguas, tan útil para las labores de espionaje, sino el *modus vivendi* que requerían sus gustos de *gigoló*. Allí tuvo su base de operaciones en Lisboa, capital de bajo perfil del espionaje alemán, donde transcurren varias escenas del libro. En 1940 llegó a Nueva York con la doble identidad de un profesor de idiomas y pronto fue contratado como traductor en la Oficina de Asuntos Interamericanos. Fue allí donde John Edgar Hoover, el director del FBI, le tendió la celada que lo llevó al juicio y, posteriormente, a la cárcel, en 1943. Del expediente desclasificado, con cerca de 400 páginas, extrajo Diusabá los capítulos medulares del libro.

[...] la del juicio fue la pieza pública del inmenso rompecabezas que Roberto armó a su antojo, a lo largo de una vida de idas y vueltas, en la que la política, la religión, la picaresca, el dinero, la seducción, la mentira y el timo (y no menos la suerte) marcaron cada una de las fichas restantes. Con ellos, sirvió por igual a Dios, o al menos fingió que así era, y a Hitler. Todos o algunos, dependiendo de la ocasión, le sirvieron para engañar y para escabullirse [...]. [Interpreta el cronista en la página 56].

En otros capítulos de *flashback*, el autor reconstruye las operaciones de espionaje que protagonizó Roberto L., exitosas y fallidas, que dan cuenta de la habilidad del agente para escurrirse en las barbas de sus enemigos, mientras atrapaban a sus colegas. La “garganta profunda” de estos capítulos es el amigo más cercano que tuvo Roberto L. en la cartuja de Jerez de la Frontera: Ángel, también llamado *el Judío*, un vasco a quien, paradójicamente, se confió Roberto, el nazi colombiano. Fue Ángel quien revivió los rocambolescos episodios de la vida del cartujo, con vívidas descripciones, porque Lañas casi se los recitaba de memoria. Otros dos capítulos dan cuenta de los agentes que más admiraba Roberto L., cuyos pasos quiso seguir como si se tratara de *Vidas ilustres*: uno, estadounidense, al

servicio del jefe del FBI, y quien fracasó en su intento por atrapar a ‘*el mexicano*’ (como estaba fichado Roberto L.); otro, alemán, y cercano al *Führer*, con una mente realmente superior. De esas misiones secretas, a cual más extravagante, se lleva la presea el desembarco de un comando alemán conformado por cuatro espías nazis en Nueva York, cuyo enlace era nuestro hombre impasible.



Sirve de pegamento a los capítulos la llamada tinta indeleble, recurso estrella del espionaje de la Segunda Guerra Mundial para enviar mensajes cifrados, y que en materia narrativa funciona como metáfora del ocultamiento; tan ingenuo en este siglo de alta tecnología como un micrófono en el zapato, pero a la sazón método de avanzada. Igual de sorprendente al invento estadounidense de las “motas”, micropuntos de información que el autor explica en un capítulo con puntillosa científicidad.

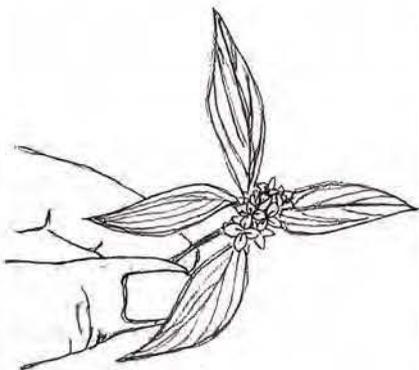
En una entrevista que le concedió a Lucy Lorena Libreros (blog *Esquina de letras*), Víctor Diusabá dijo: “Mi propósito no era hacer un libro de historia, denso y lleno de anotaciones al pie de las páginas. La crónica permitía, en cambio, echar mano de mis hallazgos para hacer un relato atractivo”. El cronista, apegado a la piel de los hechos, contrapone y legitima versiones de la realidad a sabiendas de que apenas se aproxima a la verdad, sin más pretensiones que las de un ameno contador de historias.

Con este relato periodístico Diusabá enseña nuevas pruebas de la presencia nazi en nuestro país, que ya

había quedado documentada de manera amplia en el reportaje *Colombia nazi* (Planeta, 1986) de los reconocidos periodistas Alberto Donadío y Silvia Galvis (q. e. p. d.). Lejos de la fábula, la Gestapo conformó sus cuadros en varias ciudades del país, entre ellas Medellín, Barranquilla y Cali, que tuvieron entusiastas seguidores del *Führer*.

Además, cuando se ha vuelto a hablar de la “Mano Negra”, extrema derecha que se manifestó en los albores del Frente Nacional, justo cuando Colombia recibía los beneficios del programa Alianza para el Progreso para exterminar cualquier asomo de comunismo, algunos capítulos del libro nos instalan de nuevo en tiempos de la Guerra Fría, tan poco documentados en Colombia.

Volviendo al pícaro de esta historia, católico, apostólico, romano, fascista y consagrado casanova, enriquece la tradición de picaresca que ostenta Colombia con un amplio repertorio de granujas, bribones, impostores que, cíclicamente, reencarnan en sus compatriotas. Incluso, podríamos hablar de un subgénero de la crónica policíaca que resulta bastante atractivo para el mercado editorial, como lo demuestra el libro *Malandrines* (Planeta, 2011), de Isabella Portilla, que recoge varias historias ganadoras de la primera versión del Premio Guillermo Cano, *Joven promesa del periodismo*, 2010, con una decena de personajes cortados con el patrón de Lañas, aunque no todos gozaron de su buena fortuna y de sus bendiciones ni se le escaparon al gran jefe del FBI, el temido Hoover, de quien el autor revela su homosexualidad, como



apunte irónico sobre la doble moral americana que se enarbolaba.

Infiere también el lector, al menos el colombiano, que en los tiempos que corren de espionaje y corrupción, lo que se hereda no se hurta. De la tinta indeleble saltamos a los teléfonos ‘chuzados’, siempre bajo el Gran Ojo del aparato de seguridad del Estado, con lo que esta gran crónica literaria mantiene su vigencia.

Maryluz Vallejo M.

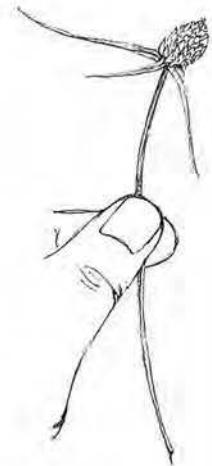
El delicioso encanto de lo liviano

Las glorias

MATÍAS GODOY

Destiempo, Bogotá, 2011, 139 págs.

LAS GLORIAS es una pequeña novela escrita, podríamos decir, en tono menor, y buena parte de ella en clave de humor. Un pequeño divertimento, sin duda, sin ínfulas de gran novela, sin planteamientos de grandes problemas, aunque allí estén, como siempre en un mundo completo y verosímil, el amor, la soledad, la envidia, el poder (no de emperadores ni de gorilas de verde oliva, sino apenas sí de piratas), y la infaltable muerte (no hay sexo, tal vez porque entre librereros lo común es un romanticismo que todo lo suple). Pero lo que predomina, y triunfa, es la risa. Tenue a veces, a veces explícita, pero siempre fina, en ningún caso gratuita. El autor de esta joyita, Matías Godoy (Bogotá, 1985), se dice en la contracubierta, es también traductor, poeta y cuentista. Mucho, para solo 27 años. Bogotano, escribe una novela bogotana hasta los tuétanos. El frío penetrante de las mañanas, la costumbre de los horarios, el color del aire, la descripción de la calle, todo se ve perfectamente bien por medio de un lenguaje que encaja preciso en la narración. Los personajes hablan un bogotano exacto, con detalles que provocan la carcajada. Sin necesidad de ninguna caricatura, retrata con gran fidelidad el ambiente de aquellos seres que, a medida que avanza la narración, se vuelven entrañables y queribles.



La novela narra las peripecias de un grupo de librereros piratas que, entre divertidos, traviesos y fatales, pasan la vida en el centro de Bogotá, en el pasaje Veracruz, cerca del Museo del Oro, del parque Santander, de la iglesia de San Francisco y de la carrera 7.^a, es decir, como en el puro centro del país (de su peculio, uno puede ir anotando que esto constituye una metáfora de lo que pasa en el país todo, que ese pequeño territorio de *Las glorias* es como se comporta el país de los libros, aunque ello suene exagerado). Todolibro se llama la librería de uno de los piratas, Salazar, quien a lo largo de la historia se irá haciendo indeseable por su malgenio, ambiciones y falta de nobleza; y Destiempo la de Pacho y Alejandro, estos sí agraciados piratas, dicharacheros e ingeniosos que, además, en otro lugar lejos de allí y con el mismo nombre, montarán su propia imprenta que les permitirá, de primera mano, sacar los *best seller* de cada momento, en exclusiva. Hacen sus víctimas a García Márquez, a Mutis..., pero no solo a ellos: “¡Llévelo, llévelo, la última de Rosero, lo nuevo de Chaparro, llévelo, llévelo!”.

Convive con todos ellos, a muy poca distancia, doña Gloria y su panadería Frutería Tropical 2 (“Así es: la panadería de doña Gloria tiene nombre de frutería; más vale no averiguar”, dice al comienzo el narrador), con los mejores pasteles gloria del mundo, al decir de sus comensales y de doña Gloria misma. Completan la escena algunos otros personajes, aunque mejor será llamarlos grumetes, como lo hace el narrador, para no desentonar en la atmósfera del relato: